

LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD FALANGISTA A TRAVÉS DE LAS UNIVERSIDADES LABORALES

PATRICIA DELGADO GRANADOS
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

La construcción de la *Identidad* puede realizarse desde un prisma individual y/o colectivo. En la etapa reciente de nuestra historia, *el Franquismo*, la identidad colectiva o de grupo supuso uno de los medios más eficaces para la supervivencia del nuevo proyecto político e ideológico llevado a cabo por el Nuevo Régimen. Una identidad que representaba el ámbito de una Nación, de una España Única por encima del sujeto como individuo libre. La *Educación* fuertemente influenciada por lo ideológico y, con ello, la instrumentalización del aparato escolar, pasaron a ser el mecanismo más idóneo y eficaz para transmitir las nuevas señas de identidad al pueblo español. Ambas variables -Identidad y Educación- se potenciaron desde los primeros años del franquismo como salvaguardia del Nuevo Régimen dictatorial.

El Estado como identidad mandataria y totalitaria de la nación tuvo muy presente la importancia de la educación como un bien donde plasmar los principios ideológicos y religiosos del Nuevo Régimen. Tras establecerse los necesarios mecanismos de depuración y control, que velaran por la pureza e idiosincrasia del nuevo sistema educativo, se llevo a cabo la transmisión de un bagaje de valores de carácter patrióticos, católicos y morales. La finalidad se centró, más que en transmitir a los jóvenes españoles unos conocimientos técnicos y culturales, en inculcar unas normas de conducta sociales propias e identificables con el contexto político-ideológico de la nueva España. Consecuentemente, en este proceso de identificación ideológica las instituciones educativas adquirieron una gran importancia, ya que pasaron a ser los mecanismos de transmisión del ideario que se deseaba inculcar a la juventud española, y las prácticas escolares se enfocaron principalmente a la creación del nuevo perfil de ciudadano.

La limitación al deseo de saber en aras de una formación centrada en los ideales y principios del Régimen quedó reflejado en cada uno de los elementos humanos y materiales que intervinieron en el proceso educativo -profesorado, inspectores, personal administrativo, manuales de textos, material didáctico, etc. El papel del profesorado en esta labor de ideologización fue esencial siendo uno de los principales objetivos de la política educativa franquista, pues el control ideológico garantizaba el control del pueblo y la continuidad del Régimen. La enseñanza en estrecha relación con el aparato propagandístico franquista resaltaba continuamente los aspectos religiosos, ideológicos y morales del Movimiento convirtiéndose en el medio legítimo para inculcarlos:

“Hay que ir a las aldeas y a los pueblos de España a atraerlos y a conquistarlos para la España de Franco. Tenéis que apasionar y educar en estos ideales de Religión y de Patria las juventudes españolas”¹

En este sentido, las Universidades Laborales tuvieron como principal función garantizar que los jóvenes obreros sintieran, más que aprendieran, el ideario educativo nacionalista. La formación del espíritu nacional pasó a ser una disciplina obligatoria en el programa curricular de cada escuela. Así, en los contenidos escolares se recalcaba las enseñanzas relacionadas con la “*Formación Política, Doctrina e Historia del Movimiento*” exaltándose el cristianismo frente al poder de Roma y la dominación árabe o glorificándose la lucha antinapoleónica como hazaña patriótica de héroes y batallas. Eran enseñanzas enfocadas todas ellas a la unificación de creencias, costumbres e ideas del pueblo español:

”Maestros españoles. En los frentes de batalla se combate con las armas, más poco importaría que alcanzáramos la victoria, si no cumpliéramos nuestra obligación de desarmar moralmente al enemigo, formando su conciencia hasta elevar su corazón en esta otra batalla de la que vosotros, los maestros, tenéis que ser los oficiales y los generales. Sois vosotros quienes tenéis que desarmar a la España roja

Asistimos al resurgir de la raza y a la lucha heroica de nuestros soldados que realizan una misión sublime, porque tienen fe en Dios y en España. El adversario carece de ideales y sus asistencias son los detritus de Europa.

Vosotros, maestros, tenéis por misión crear, y desde el primer plano que habréis de ocupar, deberéis consagraros con toda vuestra alma a educar a las generaciones, para crear el Imperio que el pueblo quiere.

Sois vosotros los que tenéis que cultivar los ideales nacionales y a los que os corresponde la misión extraordinaria y sagrada de forjar la grandeza de España. ¡Arriba España!”²

Con el objetivo de construir una identidad única basada en elementos comunes -como la historia, el idioma, la cultura y los símbolos (bandera, himno, escudo...)-, enseñados y consolidados principalmente en el ámbito escolar. A ella se le otorga un papel privilegiado para transmitir y enseñar valores, símbolos y significados que aseguren la adaptación mínima de los jóvenes ciudadanos. Una continua y simple memorización de los hechos más relevantes del pasado:

“A la escuela/ que ya es hora, /sin demora/ vamos pues./ Nos lo exige,/ Nos lo manda, / la voz del deber”. Cantábamos a la entrada y cantábamos a la salida: Colegio querido/ de mi corazón:/ el Señor te guarde, / quédate con Dios. Cantábamos los límites de España y cantábamos la tabla de multiplicar; y los ríos, cabos y golfos. Cantábamos las respuestas del catecismo y cantábamos el Himno de la Legión (...) Lo cantábamos todo”

El lograr este arraigo e implantación en los alumnos llevaba consigo el saber templar en ellos -a través de la memorización, el castigo, la disciplina, la relación jerárquica entre profesor y alumno, etc.- las pretensiones del Régimen identificándose éstas con la Religión católica y la Falange. Todo ello, en un intento por conjugar ideología y política en el escenario educativo. Los modos de transmisión ideológica se

¹ Ley de 19 de julio de 1944 (B.O.E. 21-VII-1944)

² SOPEÑA MONSALVE, Andrés (1995): *El Florido Pensil. Memoria de la escuela Nacionalcatólica*. Crítica, Barcelona, p. 151

producían de forma forzada e impuesta convirtiéndose la educación y su práctica escolar en un instrumento al servicio del poder estatal, en el “*campo de batalla*” donde lidiar los problemas ideológicos y cimentar la nueva identidad del pueblo sometido.

“Franco hacía de Cid Campeador, que lo dimos en una lectura del temple juvenil que se titulaba “El Cid ha vuelto” y se veía claramente que los dos eran conductores, guías, expertísimos Capitanes y Caudillos. Igualicos, igualicos”³

La nueva identidad partía del espíritu religioso, lógicamente católico, de los españoles. La identificación entre lo español y lo católico suponía la esencia de nuestra Historia, por lo que la negación del primero era la negación de lo español y, en definitiva, el rechazo de lo que había sido la España imperial en los siglos XV, XVI y XVII. Lo que significaba que todo aquello que no se identificara con lo católico era anti-español. Asimismo, los textos educativos⁴ -herramienta didáctica esencialmente transmisora de unos valores a inculcar- se encargarían a través de un lenguaje adoctrinador de divulgar los pilares de la nueva identidad nacional enfatizando la necesidad de integración patria-ciudadanía como una vocación que debía asumir todo hombre de bien pues España era “(...) *una recomendada de Dios*”:

“El señor quiere mucho a España. Por eso la puso en el mejor sitio del mundo, donde no hace mucho frío ni mucho calor. (Pues en otros sitios o está siempre todo helado o hace tanto calor que no se puede vivir). Y la colocó entre los mares por los que pasan más barcos: el mar Mediterráneo y el Atlántico. Y le dio un cielo muy azul, y unos montes muy altos, y unos campos muy grandes y muy ricos.

¡España es una bendición de Dios!

Los primeros hombres que hubo en España eran leales y valientes. Vinieron luego otros que eran muy listos: los fenicios; y otros que eran muy sabios: los griegos; y, otros que eran muy fuertes: los romanos. Y España era cada día más fuerte y más sabia y más lista”⁵

Por lo que el “*ser español*”, “*sentirse español*” y defender lo nacional, lo de nuestra tierra querida y envidiada por todos pasaba a convertirse en una tarea obligada de todo ciudadano de bien. La defensa de una España paupérrima, dolida y rechazada por gran parte del mundo internacional⁶ se convierte en objetivo esencial de las

³ *Ibidem*, p. 221.

⁴ Cfr. ESCOLANO BENITO, A. (1998): *Historia Ilustrada del libro escolar en España. De la posguerra a la reforma educativa*. Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez. GÓMEZ GARCÍA, M^a. N. y TRIGUEROS GORDILLO, G. (Coords) (2000): *Los Manuales de Texto en la Enseñanza Secundaria*. Kronos, Sevilla, en el que distintos investigadores de la historia de la educación se introducen en el análisis e interpretación de temas relacionados con los libros, los textos pedagógicos y el bachillerato durante el período comprendido entre 1812 a 1990. Un maravilloso acercamiento al papel que ha jugado los manuales de texto en la educación de nuestro país. PUELLES BENITEZ, Manuel de (2000): “Los manuales escolares: un nuevo campo de conocimiento”, *Revista Historia de la Educación*, 19, p.5-11.

⁵ SOPEÑA MONSALVE, Andrés (1995): *Op. cit.*, p. 164.

⁶ Recordemos que la España del franquismo aunque no llegó nunca a tener plena legitimidad democrática, y por lo tanto no se homologó entre los países occidentales democráticos ni entre los países socialistas, a partir de la década de los cincuenta inicia lentamente una etapa en el ámbito internacional de consolidación del Régimen: Franco y su dictadura pasaban a ser aceptadas por las grandes potencias - como EE.UU. con la que se firma un pacto para la concesión a este país de bases militares en España-

Universidades Laborales las cuales debían, por un lado, ejercer la función transmisora concienciando a los jóvenes trabajadores de su tarea en la defensa y construcción de esa España grande e imperial; y, por otro lado, convertirse en su marco de referencia, haciéndoles “partícipe” en esa tarea de construcción a través de su trabajo, esfuerzo y sacrificio. En este contexto nacionalista el concepto de “*Patria*” adquirió una especial relevancia convirtiéndose en el punto central de referencia mediante la formación del espíritu nacional de la clase proletaria. Y los “*no nacionalistas*” debían ser “*reeducados*”, “*reconducidos*” y, en última instancia, “*salvarlos*” de sus inclinaciones irracionales y destructivas para la construcción de esa Nueva España. Aquellas personas que carecían de una identidad nacional, conjunta y compartida con el resto de los españoles, debían ser educados nuevamente. Para ello, la “*obediencia*” como herramienta necesaria para lograr un modelo unitario de corte político, social y cultural definido desde el poder central pasó a ocupar uno de los pilares fundamentales. Algunos de estos rasgos -patriotismo o nacional-catolicismo- eran inculcados meticulosamente con el propósito esencial de que la juventud obrera evolucionara compartiendo los mismos presupuestos y valores ya preestablecidos por el Estado.

Lo crucial era inculcar a los trabajadores una nueva identidad que garantizara, en este caso, la continuidad del Régimen, la integración de aquellos valores propios y particulares contrarios a la lucha de clases, a la idea de la unión proletaria o pertenencia a la misma. Por lo que, lo plural suponía para los que ostentaban el poder un peligro para su continuidad siendo inmediatamente oprimidas, excluidas y victimizadas por las hegemonías -la Iglesia, la Falange, los Militares-, a la vez, que se rechazaba todo lo que era distinto a los valores que el Estado enérgicamente defendía:

“Eran excepcionales los colegios mayores en que no predominaba una pedagogía basada en una más o menos rígida disciplina, en la memorización de enseñanzas y en el recurso al castigo como principal estímulo del rendimiento escolar; en los colegios femeninos, la pedagogía dominante era la concepción cristiana de la mujer como madre y centro de familia. En unos y otros, las prácticas religiosas eran... muchas y frecuentes...”⁷

Una identidad impuesta por el Estado a través de la educación. Esta total identificación implicaba, por tanto, llegar a ser en el pensamiento el mismo que el otro con el fin de unificar la concepción del Estado e individuo. El continuo adoctrinamiento ya fuera a través de actividades o conocimientos teóricos acerca de la importancia que suponía la pertenencia a un grupo unificado, único y monivalente aseguraba, en último término, la consolidación e interiorización de los principios del Nacional-Catolicismo⁸:

“(...) la preocupación porque una densa y auténtica Cultura cristiana penetre en todos los ámbitos de la nación y nos dé la promesa de una juventud fuerte y unida para cumplir sin vacilación nuestro destino ante la historia”

El interés del Estado por empezar cuanto antes la formación profesional y adoctrinamiento de promociones de trabajadores en el nuevo sistema docente, y la

⁷ PUELLES BENITEZ, Manuel de (2000): *Op. cit.*, p. 37.

⁸ Discurso grandilocuente pronunciado por S.E. el Generalísimo Francisco Franco, Jefe del Estado Español, en el día de la Hispanidad, 12 de octubre de 1943, con motivo de la inauguración del curso escolar de ese año y de la Ciudad Universitaria de Madrid, en *Revista Española de Pedagogía*, N° 3-4, julio-septiembre, 1943, p. 45.

posibilidad de los esfuerzos económicos de las Mutualidades Laborales, determinaron la conveniencia de iniciar en 1956 las actividades pedagógicas de estos centros laborales, utilizando las zonas ya edificadas, sin perjuicio de que continuaran las amplias obras hasta su total terminación. Las cuatro instituciones -Gijón, Córdoba, Sevilla y Tarragona-, iniciaron sus enseñanzas sin haberse finalizado las construcciones e instalaciones de las mismas, comenzando su tarea pedagógica y de adoctrinamiento en el curso escolar 1956-57. De este modo, las Universidades Laborales como instituciones “socializadoras” del Régimen defendieron la construcción de una identidad de grupo mayoritaria, uniforme y etnocentrista, ya que:

“(…) cuanto menor es la identidad individual más fuerte es la identidad colectiva. De tal manera que el individuo siente que es una prolongación de sí mismo, y si bien pierde su sentido como tal individuo, se siente gratificado por la gran seguridad y bienestar que le produce la pertenencia al grupo”⁹

La imposición de un modelo de identidad colectiva uniforme como medio para garantizar la supervivencia del Régimen y romper con los posibles particularismos que ofrece la pluralidad y el respeto a las diferencias se mantuvo hasta los últimos coletazos del franquismo. En este contexto, la socialización escolar operada a través de estas instituciones laborales se llevó a cabo en el marco de la autoridad y de la imposición de una identidad propia, cerrada y uniforme. La diversidad cultural y, por tanto, la pluralidad de identidades fue perseguida y repudiada. El totalitarismo intelectual, cultural y político -control de los medios de comunicación, verdad oficial, exaltación del estado y del jefe, catolicismo- se fusionaron de forma única y acorazada por el Estado, la Iglesia y el Ejército.

Los nuevos centros pasaron a ser el vehículo de transmisión del ideario que se deseaba inculcar a la juventud obrera española. Una juventud de clase trabajadora cuyo acceso a las mismas suponía para muchos de ellos su medio de promoción social, el instrumento que les permitiría acceder a un puesto laboral de cierta categoría profesional. No obstante, las pretensiones del Régimen franquista fueron más allá de conseguir para el proletariado una especialización técnica en un oficio o en la industria, dirigiendo sus esfuerzos al adoctrinamiento de la clase trabajadora, acallándola a base de doctrina falangista. Para ello, se tomó el plan de estudio como instrumento adoctrinador del alumnado en la ideología de la Falange, insertando en el mismo los principios ideológicos y políticos del nacional-sindicalismo franquista.

La importancia de asegurar las garantías necesarias para el desarrollo del país así como para la estabilidad político-social del Régimen, llevó al Movimiento a realizar verdaderas campañas de promoción social a través de las Universidades Laborales. En 1966 se celebró en Córdoba la conmemoración del discurso pronunciado en 1935 por José Antonio Primo de Rivera, poniéndose de manifiesto que la doctrina del Movimiento continuaba, treinta y un años después, siendo actual para los jóvenes españoles. Así, en palabras del Vicesecretario General del Movimiento, D. Alejandro Rodríguez de Valcarcel:

⁹ MOLINA (1975): *Op. cit.*, p. 40.

“El Movimiento Nacional ha vuelto a hacerse presente en la vida de española, a dar fe de su unión, de su voluntad de servir a España en los momentos actuales, con la misma lealtad y firmeza que le sirvió en el pasado. En dos sentidos fundamentales se proyecta hoy la necesidad del servicio a España: en el de conducir el proceso de desarrollo hasta las metas del nuevo horizonte político y en el desarrollo de saber integrar en la tarea a las juventudes, a las nuevas promociones. Y todo eso, desde la firmeza de unos principios, desde la permanente confirmación de una doctrina y de una actitud, desde la más auténtica y viva unidad en la fe y en el trabajo”¹⁰

La filosofía falangista, junto a la del nacional-catolicismo, persiguió similares fines sociales e ideológicos: el adoctrinamiento de los siervos, la inculcación de sus idearios en las mentes de todos los españoles, el fomento de una conciencia estricta y represiva dedicada al sacrificio y al esfuerzo en beneficio de la Patria, el miedo al castigo y a la represalia, etc. En este sometimiento ideológico, principio integrista del Régimen, se basó la formación profesional de los trabajadores. La importancia de la inculcación ideológica, más que educativa, supuso una salvaguardia para el franquismo. El aprendizaje, el estudio y la conciencia del valor del trabajo como elementos esenciales para el levantamiento de la nación, fueron objetivos a conseguir en las Universidades Laborales. De este modo, promocionaban socialmente aquellos alumnos que con su voluntad y trabajo lograban superarse personal y profesionalmente, siendo la “responsabilidad” y el “esfuerzo” las dos máximas educativas. Es decir, el trabajo, realizado con ahínco, sin escatimar esfuerzo y sacrificio, era signo de patriotismo, consiguiéndose, a través de él, la promoción social y una sociedad más justa, especialmente para la clase trabajadora¹¹.

“Se trata de hacer nuestra sociedad perfectamente porosa; de evitar que la anecdótica circunstancia de nacer en un determinado entorno social pueda suponer el tener cerrado el acceso a determinadas realizaciones personales; de crear los canales por los que pueda fluir la revitalizadora savia de las masas trabajadoras hasta los estratos del poder”

Esto era, pues, la política social del franquismo. A través de la promoción social y laboral del obrero se pretendía que la clase menos pudiente alcanzara las esferas de la técnica y la cultura, extendiendo “*los logros formativos, los resultados académicos y promocionales, la elevación del nivel cultural de los trabajadores y de sus hijos, y la mejora de su bienestar personal, familiar y social*”¹². El estudio, el talento o el afán de superación, constituían valores esenciales en la formación de los jóvenes obreros, inculcándoles cualidades tales como el honor, la dignidad, la abnegación, el espíritu de servicio, las buenas formas de convivencia. Una instrucción basada en los principios ideológicos del Régimen franquista, a través de su brazo político: el falangismo.

¹⁰ RODRÍGUEZ DE VALCARCEL, Alejandro (1966): *Discurso en la Universidad Laboral de Córdoba el 15 de mayo de 1966*. Madrid, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Trabajo, p. 7.

¹¹ MINISTERIO DE TRABAJO (1967): *Op. cit.*, p. 1.

¹² Fragmento del Discurso pronunciado por el Ministro de Trabajo, Liciano de la Fuente, en la apertura del curso académico 1971-1972 de Universidades Laborales (Gijón, 6 de octubre de 1971). DE LA FUENTE, Liciano (1971): *Universidades Laborales y Promoción Social*. Madrid, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Trabajo, p. 5.

Se trataba de reconducirlos en los principios del Régimen franquista. En palabras de Franco no se trataba tanto de su “*función*” compartida por otros centros, como de su “*misión*” de promoción social. A través de sus enseñanzas, cuya alma mater era precisamente la Formación Humana, se pretendía llevar a cabo la “acción revolucionaria” de los nuevos hombres. La construcción de una nueva identidad, la falangista, orientada a formar fieles cristianos, leales españoles y diestros trabajadores. Para ello era necesario disciplinar a la sociedad española a partir de los presupuestos previamente difundidos por los falangistas para el logro de una identidad social única y excluyente, en el que la:

“(...) disciplina que proclama la Falange como base ineludible de servicio, es aquella fuerza moral necesaria para sujetar en cada hombre la parte atormentada y peligrosa de sus impulsos ínfimos y bajos”¹³

Las funciones de una educación politizada, premilitar para los varones y orientada en el hogar para las chicas, se plasmaron en las Universidades Laborales, convirtiéndose en uno de los baluartes del franquismo. Un medio eficaz de asentamiento de los pilares ideológicos del régimen franquista con la clase obrera, pues su reconducción hacia aquellos nuevos valores patrióticos, nacionalistas y católicos, suponía una salvaguardia para la construcción de una sociedad unida y sin fisuras ideológicas. La necesidad de cohesión entre los diferentes grupos ideológicos y sociales que convivían en un mismo territorio nacional se pretendió lograr a través de la obligación, sumisión y acatamiento de los principios ideológicos del Estado.

¹³ MARTÍNEZ DE BEDOYA, J. (1996): *Memorias desde mi aldea*. Valladolid, Ámbito, P. 130.